



Geney Beltrán

ESE MUNDO DE EXTRAÑOS



PERDONADOS POR QUIÉN



ESE MUNDO DE EXTRAÑOS
PERDONADOS POR QUIÉN

Ese mundo de extraños Perdonados por quién

Geney Beltrán



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2026



Primera edición: 2026

D.R. © GENEY BELTRÁN

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Bvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales, Sinaloa
www.uas.edu.mx
DIRECCIÓN DE EDITORIAL
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-542-5

Edición sin fines de lucro.
Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

ESE MUNDO DE EXTRAÑOS

Cuando terminó la película, descubrí en la fila de adelante a una niña que me miraba con sorpresa. Era una cara muy tierna la suya, morenita y seria. La saludé alegremente. Apenas me escuchó, se dio la media vuelta y le dijó a su papá o abuelo una frase que no pude entender. Yo me creí acusado; es desagradable despertar sospechas. Oralia no habría perdido la oportunidad de, por lo menos, acariciarle el cabello a la niña.

Con la cara ardiéndome, salí de la sala. En la avenida tomé el camión rumbo a mi departamento. Me sorprendió que, con todo y ser las seis y media, no hubiese aún anochecido. La tarde se veía brillante, blanca. Las calles del domingo estaban desoladas y el camión avanzó con rapidez peligrosa: las esquinas surgían como parajes apenas vacíos por el impulso de un ventarrón. Llegué pronto.

En el estacionamiento de la unidad vi a varias parejas de jovencitos que, muy ufanos, venían hacia la calle. Me sentí más triste y solo que los días anteriores. No tardaba en anochecer y pocas cosas podría haber más deprimentes que pasar toda esa noche de domingo

solo en mi departamento, leyendo, oyendo música o escribiendo hasta que dieran la una o dos para dormirme y empezar la semana al día siguiente en la oficina a las nueve en punto.

Llegué al Edificio de Acceso. Tengo que describir ahora las peculiaridades de mi Unidad, dado lo insólito que para nosotros aún resulta. En toda ella solo existen tres ascensores y se ubican en el Edificio Principal, una fortaleza de cuarenta pisos, sin ventanas, de ángulos cortados sin simetría. Arquitectura de la guerra, he escuchado que la llaman. Más que elevadores, esas cajas funcionan como vagones, similares a los que había en el metro.

Hoy a la espera estábamos quince inquilinos de toda la Unidad, la mayoría de mi edificio. Uno se abrió —no importa decir cuál— y entramos. Yo solo juguetaba con el nombre de Oralia, que saltaba dentro de mí como un sonido vagabundo, un eco desobediente. Alguien del quinto piso, creo que el tipo rapado y de chaqueta de mezclilla que se la pasa con los audífonos puestos, oprimió el botón. La caja se elevó y en pocos segundos ya estábamos en la Zona de Entronque. Ahí el elevador tomó hacia el sur, en línea recta. Se deslizó por el canal en las alturas mientras veíamos a través de los cristales los techos de los edificios y algunas lejanas partes de la Ciudad. Poco después, llegamos a la azotea de nuestro destino.

Cada quien tomó las escaleras y descendió, sin hablar, hasta su departamento. Mientras bajaba los cinco pisos me fui quedando solo hasta llegar al oscuro rellano del fondo. ¿Qué pasa en una emergencia?, me pregunté, como lo hago a menudo cuando arribo a mi casa. Es insensato que si un incendio se desata (un atentado con bombas quizá de la Milicia) mi única vía de escape sea subir desde la planta baja hasta la azotea y esperar el vagón elevado. Cuando vivía con Oralia, nada podía inquietarme; morir con ella era... es muy cursi decirlo, pero no me habría parecido inconveniente morir calcinado, asfixiado por el humo o aplastado por el concreto. Ahora... Vamos, ya no sé nada.

Abrí la puerta. Mi departamento tiene tres piezas, pequeñas todas. La primera es la sala, luego viene la cocina, al lado izquierdo se halla el baño y hacia el fondo está mi recámara, con una ventana muy alta.

Pasé a la cocina, tomé (creo recordar) un vaso de agua y apenas entraba en mi cuarto la piel se me congeló igual que si me pasaran un témpano por la espalda. La comparación es burda, pero también precisa. ¿Qué ruido era ése? Volví sobre mis pasos: el correr del agua en la taza del baño. ¿Alguien, en mi departamento? De nuevo cuenta sentí escalofrío. La puerta se abrió.

Era un hombre muy sonriente, de aire apacible.
Buenas tardes, dijo.

Por su presencia bonachona se me fue yendo el temor, aunque no dejaba de parecerme siniestro encontrármelo ahí. El hombre me estuvo sonriendo mientras se secaba las manos. Era bajito, de unos cincuenta años, prematuramente canucio pero de expresión juvenil, tenía una barba salpimentada y usaba lentes. Se me hizo parecido a un locutor de radio que siempre me ha caído en el hígado. Aunque no: este invasor con su expresión de bienaventurado me hacía sentir en sosiego, dichoso.

Oiga, le dije, como si me diera pena, ¿qué hace en mi departamento?

¿Cómo, su departamento?

Sí, mi departamento...

Me miró con una sonrisa beatísima.

Bueno, corregí, nervioso. No es mío pero yo pago la renta.

No se preocupe, habrá espacio para los dos.

¿Cómo...?

Con ligereza de duende caminó hacia la recámara y su mano derecha indicó la cama matrimonial en la que Oralia y yo retozamos con tanto gusto hasta que se hartó de mi negativa a insistir en la crianza de chamacos y se fue.

Por ejemplo, mire, continuó: serruchamos la cama a la mitad, le ponemos más patitas, y perfecto. Una cama para cada uno.

Pero... Eso no es posible, creo haberle respondido.

No se preocupe, y mientras me decía estas palabras iba sacando de su saco un documento. Mire, aquí está mi contrato. Podemos compartir el lugar. Todo lo soltaba con un garbo tan campechano que me desarmaba. Daba la impresión de ser un tipo tan sincero y noble cuanto inofensivo. Y mire, prosiguió, señalando con sus brazos las paredes del cuarto: el lugar es amplio. Usted trabaja en su computadora de aquel lado, y señaló a la derecha de la ventana, y yo veo la tele de este otro (indicaba a la izquierda de la puerta).

Yo ya no sabía qué decir. Poco a poco me hacía a la idea —ilógica a todas luces— de que mi deber, tristísimo, era compartir el departamento con ese desconocido... Pensé de todas formas en los mil inconvenientes. Se los dije.

Pero vea, yo no tengo horarios en las noches, me pongo luego a escribir hasta muy tarde, escucho música que a nadie le gusta, orino en el lavamanos para ahorrar agua, los fines de semana duermo todo el día y detesto los ruidos, la tele, la gente...

No se preocupe, insistió con su sonrisa que era, ya para entonces, una mueca de serenidad invulnerable. Nos entenderemos, no soy una persona complicada, y me han dicho que usted tampoco...

¿Le han dicho...? Lancé un suspiro. Bueno, claudiqué. Serrucharemos esa cama...

Sonrió, se dio la media vuelta y volvió del baño con su maleta. Yo me senté sobre la cama disgustado ante mi carácter pusilánime. Oralia ya lo habría sacado en dos patadas. El hombre entró a la recámara, nos vimos con sorpresa. Me estremecí.

Él quiso decirme algo, pero se mantuvo con un aire expectante y festivo. ¿De quién eran esos pasos? Caminamos a la cocina. ¿Qué pasaba ahora? Se abrió la puerta del baño.

Me llevé la mano a la frente: ahora sí no lo quería creer... El hombre que vimos salir era alto, de pelo corto y lentes, con una cara de estudiante o de contador aburrido. Tendría unos treinta años. Usaba tirantes sobre su camisa a rayas y llevaba una expresión concentrada y molesta. Oralia lo habría catalogado como miembro de la clase «eyaculador precoz». Sin saludarnos, pasó a nuestro lado rumbo a la cocina. Sostenía con la izquierda un sartén y con la derecha una palilla de madera. El sartén estaba inclinado y el aceite caía al suelo sin que al hombre pareciera importarle. Puerco, dije para mí.

El hombrecito canucio me estuvo mirando como con ganas de preguntarme algo, pero luego de un segundo se dirigió al nuevo intruso, observándolo divertido, como el niño que se emociona por tener muchos nuevos amigos en la escuela, le dijo su nombre —Wellington o algo así—, y le preguntó si traía el contrato. Con un tono de impaciencia, el flacucho le respondió

que se llamaba Sostenes y que sí, contrato sí tenía, por supuesto... Echó con descuido el sartén en el lavatrastes y regresó al baño. Poco después ya estaba en nuestra recámara con una maleta. En la derecha, su malhadado contratito. Después de eso se sentó en la cama, en silencio de huraño.

Me quedé callado. ¿Qué haría? Caminé a la sala y desde ahí marqué el número de doña Rufina, mi casera. Ella misma contestó.

Oiga, mire, ¿cómo le explico?

¿Qué? ¿Ya llegaron?

¿Cómo? ¿De qué me habla? Luego entendí y un frío me nació desde el culo y me recorrió la columna. Sí, ya llegaron, venga por favor, ayúdeme a correrlos.

No, mijo, sé amable. Endureció la voz. Con que te muestren el papelito está bien... Te encargo mucho vigilar. Ponte atento, sin contrato nadie entra.

Oiga...

Gracias, mijo. Sé que eres comprensivo. Hazles espacio, ya que no está esa mocosa gruñona que no te quería ni soltar...

Doña Rufina...

No seas grosero.

Y me colgó. ¿Tenía entonces que resignarme?, pensé con rabia apenas puse la bocina sobre el aparato. Volví al cuarto. Mientras le daba vueltas en la cabeza a las maneras posibles —asesinas, todas ellas— de librarme

de esos dos intrusos, prendí la computadora, me senté frente al monitor a jugar el Buscaminas y puse un cidí de John Mayall. Pero ahí no había terminado la cosa.

Los ruidos y personas no dejaron de salir del baño.

Primero, fue una señora regordeta y parlanchina de sesenta años, morena y de vestido floreado, que saludó y abrazó con maternal bullicio a Williamson o Willingham. Luego, ese mocosillo adolescente de camiseta y pantalón negros que, en plan de enemigo del mundo, sostuvo una mirada cínica y arrogante mientras le enseñaba al hombrecito canucio su contrato y se sentaba en cucillas sobre la alfombra, bajo la ventana.

Y, mientras sigo extrañando a Oralia (esto es como sentirse una bolsa de plástico en un lote de basura), ya no he deseado saber de las otras quince personas que, una a una, han salido del baño. Hombres cuarentones, señoritas de cara triste y lastimera, muchachos enfermizos, macilentos, cada cual con sus papeles en una mano y el equipaje en la otra, todos ellos desinteresados de preguntarse cómo evacuaremos si surge un incendio o empieza a temblar. Llegan, saludan con total deferencia al hombrecito Westminster o Woodrowson, y luego pasan a la recámara y se quedan mirando el suelo. Ahí están: aquí los veo, amenazantes, con ese aire falsamente sumiso de quien escoge la parcelita de alfombra sobre la que habrá de dormir esta noche de domingo —y ya no sé cuántas más.

De vez en cuando el coraje me vuelve, y sin levantar la vista les grito groserías y maldiciones.

Entonces, guardo silencio, caigo en la tentación y alejo la mirada del monitor para ver si de entre ese mundo de extraños surge el rostro de Oralia. O el de la nena que se nos murió al nacer.

Pero no.

Ellas, aún no.

(De *Habla de lo que sabes*, Jus, 2009)

PERDONADOS POR QUIÉN

Abre el volumen de *El doctor Zhivago*. Del otro lado de la mesa se halla una estudiante de piel muy blanca: lee un libro estampado en verde, un tono zurrapa que parece piel de enfermo. No alcanza (él) a ver el título. A la izquierda, más allá de las ventanas ve los árboles en los montículos de Las Islas, jóvenes que juegan futbol, con llovizna y viento en sus cabellos: bloques líquidos de niebla cayendo en ráfagas.

Ese día: esa mañana fue la firma, en una oficina del Juzgado. Él había seguido con la actitud de acabar con todo: iré a ver a mi hija cada tercer domingo a Puebla —se quita los lentes y los pone, vidrios que habrían de huir con patas díscolas, sobre la mesa—. Y ha cometido un error. La niña vivirá en otra ciudad, a dos horas (cierto) de distancia: es una burbuja hostil en otro espacio, tan similar en calles y personas pero ausente: acaso Claudia deje de existir en cuanto él suba a un autobús y la busque. Ahí, en su mente: el rostro pálido (siete años), la hija recargada en una silla frente al escritorio del juez, rehuyendo sus ojos. Un error. Qué hace aquí, de 29: para comer enseña literatura en una

prepa pública, por las tardes lee libros en una Biblioteca (esta, su refugio). Renegó de. Fracasado. ¿Y si en nada sirve (haber renunciado a Claudia)? ¿Así ahora, con el tiempo vacío y propio, para sí, logrará por fin la lumbre escrita, como una llaga que se cierra: carne rejuvenecida al amparo de cualquier suciedad, de cualquier contacto? Cómo, escribir y que viva.

Su mano derecha observa: pálida, los dedos largos. Baja los ojos a la novela. Se había quedado en que Yuri regresa una noche de octubre a su casa y le enseña a su suegro un pasquín que proclama el triunfo de los bolcheviques. Apenas se quita los zapatos y recoge los pies bajo el asiento, busca hacer al margen lo que ha pasado: la firma del divorcio esa mañana, ¡esa firma!, su mujer otra ex, su hija otro nadie —y ahora lo que ve en la Biblioteca: tantos alumnos entre los estantes, haciendo fila para devolver o sacar libros en préstamo, o igual que él, sentados a las mesas: grupos de jóvenes leyendo o bisbisceando, sus mochilas, laptops, botellas de agua.

Pasa uno. Dos minutos pasan.

Al principio el mareo.

¿Es él?

¿...no es él? Durmió mal y muy poco la noche anterior, pero este sacudimiento no es suyo —es más fuerte—. Deja el libro cerrarse sobre la mesa y se lleva una mano sobre la chamarra de franela a cuadros, como

quién palpa a través de la ropa la permanencia de su cuerpo

—¿es él?

¿no es él?—: su estable, inmóvil respirar.

Es una cadencia luego apenas: un sinuoso baile del aire y el suelo bajo los pies. Los estudiantes alejan la vista de los libros o callan extrañados en su plática en murmullos. Se vuelve —él se vuelve— a sus espaldas y cree ver los anaqueles (susurrada, levemente) columpiarse.

Todo es frío en su piel (dentro de su piel todo es frío también).

La joven del libro verde toma su morral y el volumen (*EMBRIOLOGÍA CLÍNICA*, dicen las letras en dorado), se pone de pie y con rápido andar enfila hacia la salida sur, frente a la Facultad de Arquitectura. Cuando vuelve la vista, el hombre se sorprende al verse aún

aquí —¿él acaso?

...el cuerpo, de repente artrítico, batallará en responderle:

con la sensación de quién apenas despierta, escucha y ve a jovencitas que profieren gritos (hojas de cuchillo entre las células). Tres mesas a su izquierda hay un par de adolescentes —uno güero, otro de tez apiñonada—, discuten de pie, groserías como piedras uno al otro

La oscilación bajo los pies

(zumbido sordo)

los otros se han levantado y corren y brincan sobre las mesas, él sigue atado al mismo sitio. Busca ponerse el zapato del pie izquierdo. Se oye un crujido de boca de volcán con saña despertando. Los libros caen unos luego de otros ...cae uno ...cae otro —el estómago subírsele hasta el cuello. A él

todo por encima de la propia razón: rengueando, sin el zapato derecho, corre a la salida norte (del lado de Filosofía y Letras). Por las escaleras bajan cuerpos corriendo, se atropellan ratones vulnerados en su calma

siente chicloso el suelo camina en lodo quebradizo empuja

bracea grita sale de la Biblioteca ...corriendo, como si fuera otro, como si la piel se le hubiera desprendido (adelantado, liberado), corre a lo largo del pasillo que lleva a la Facultad de Derecho luego a las áreas verdes de Las Islas. Ya ha dejado de llover el sol en el poniente ve llegar la noche es una capa de luz ciega. Apenas en el límite del césped, sudoroso y temblando, se dobla para recuperar el aire

...se yergue y desde ahí contempla la Biblioteca balancearse. ¿Cuánto ya en ese vaivén? El corazón no le cabe —no una víscera, sí un animal airado. De repente el edificio —sucede y lo ve y es

el edificio (era)

se desgaja se desploma se. Los murales una piel rota oh paredes mutiladas. La opresión en su pecho es la as-

fixia un aire vuelto bloque de cemento ante sus labios.
Cierra los ojos. Escuchar: no escucha:

son los gritos en las escaleras alaridos de personas atrapadas en los pisos superiores bajo las mesas entre los libros (aunque todo realmente dentro suyo)

...abre los ojos.

(¿ha de veras pasado? No el tiempo: los minutos no lo son: sí vidrios masticados a la fuerza, cercas erguidas ante él ahora blanco nada: no ha sido tiempo)

...y logra respirar. Jala el aire apremiantemente, como si acabara apenas de nacer ahí de pie sobre Las Islas o hubiese tenido la cabeza cubierta por una bolsa de plástico y solo ahora sus pulmones recuperaran la engañosa inmediatez del aire: como si la sangre se le hubiera anquilosado y ya no corriese nada por sus venas: solo un aire congelado: de quien se despierta, sabiéndose cadáver, y sigue en un pesado sueño envuelto.

¿Se ha salvado? Todo aquí es polvo. A su derecha los montones de concreto rendido, buitres lamiendo su propia carroña cuerpo: lo que antes fue la Torre de Humanidades Filosofía Derecho a la izquierda el Museo Rectoría la Facultad de Arquitectura.

nada ahí

Los estudiantes se reúnen en grupos: ¿perdonados por quién? (nadie habla)

Cuando el polvo termina de asentarse, ganas de vomitar. En una zumbona inconsciencia, aún: sin creer en

esas ruinas, su realidad, la destrucción: ¿y Claudia? Cae (como por un sismo interior) la certeza: recordarla

igual a someterse a la catástrofe, ni evitar la pul-sación en el esófago. Se aleja unos metros se pone en cucillas; (como quien suplica perdón) tiende el cuer-po hacia delante, sosteniéndose en una mano mientras con la otra retiene la novela. Intuye: todos lo miran

...se limpia los labios con un hombro de la chamarra. Camina unos pasos, el pie derecho mojado y frío. Ve a una pareja de novios o amigos: ella llora hundida contra el pecho de él. El joven volteo a verlo:

Hay que ir a ayudar —dice. Sus ojos señalan lo que fue la Biblioteca.

Sí —murmura el hombre.

¿De veras es real todo? Toma el teléfono y marca el número de su ex; ya habrán llegado a Puebla: solo el pit-pit-pit... Marca el teléfono de sus hermanos y su madre, en Mazatlán, lo mismo.

Guarda el celular en la funda y la novela de Paster-nak en un bolso de la chamarra. Lanza el zapato izquierdo a sus espaldas, hacia los árboles. Varios muchachos caminan en dirección de las ruinas. Él los acompaña; no entiende nada (es angustiante no entender nada, estar a la deriva de este lodo llamado realidad). El húmedo empedrado traspasa la tela de sus calcetines. Algunos voluntarios remueven pedazos de concreto o llevan

cuerpos hacia el lado de Insurgentes. Pocos metros delante de él reconoce a Ignacio, quien volteá y le dice:

—Ya ves lo que pasa cuando se abandona la religión?

No digas idioteces —él responde—. Hay que sacar cuerpos.

A la verga. Yo voy por...

Ignacio corre en dirección de los escombros.

No entiende —él no entiende— las últimas palabras de Ignacio, también corre. Se detiene ante la loma. Se distinguen (aquí y allá) manchones de ropa y cuerpos, libros, anaqueles, patas de mesas entre el despedazado concreto y la varilla.

—descalzo, ¿qué mierdas haré aquí?— el frío en los pies, la garganta rasposa

Rodea las ruinas caminando como quien va hacia el Estadio; se coloca en el borde, al final de una fila de gente que se pasa cuerpos o pedazos de cuerpos desde la parte superior del montículo y hasta la base. Luego de unos momentos se halla cargando sobre el césped, con la ayuda de un desconocido con pinta de estudiante de ingeniería, el cuerpo de una joven que tiene los brazos cruzados sobre el tórax. Es menuda, morena, de hermosas trenzas negras y viste un uniforme gris verdiento. Cuando la tienden a unos metros del montón de escombros, el estudiante le separa los brazos y pueden ambos ver sobre su pecho un bultito envuelto en una cobija —es un bebé y habrá de acaso tener tres me-

ses—. El desconocido le toma el pulso a la muchacha y acerca su oreja al pecho del niño.

Aún viven —murmura.

...observan luego hacia Insurgentes, la amplia calzada urgida por un cascarón de sombras. Nunca las ambulancias (dice para sí). El tórax, pesadísimo.

La avenida intransitable (piensa): autos y microbuses hechos añicos en cada crucero (franjas de pavimento fracturado) puentes peatonales caídos como columnas de animales sacrificados

y

Los anteojos, se quita. Con la manga de la chamarra, el sudor de la frente, se limpia. Si han caído los edificios de la Universidad, asentados sobre roca volcánica, la Ciudad habrá de hallarse destruida por completo —eso sin palabras así piensa.

...y se aplastan velozmente imágenes: ante sus ojos (espejismos concretos de una pesadilla). Lo que sucede lo que vendrá: son cuerpos aplastados bajo los escombros o asfixiados en el metro y rostros que agonizan en las camas de un hospital y ratas y perros mordiendo cadáveres y fosas comunes desbordadas por extremidades huesudas

...y no sabe de Claudia: después de firmar el acta, se le acercó; agachándose, le dio un abrazo. Ella se dejó estrechar (sus bracitos permanecieron laxos), tampoco respondió cuando él le habló al oído, con palabras

antes cálidas y hoy deshabitadas —palabras que eran rumores sin cuerpo...

El estudiante, con dejo de impaciencia: ¿Qué pasa? —le dice.

El lo mira un segundo. Soy escritor (¿tendría que informarle?). Ha de lucir —teme— la expresión de quien se discierne culpable de una violación primordial, solo solventada con un sacrificio máximo que a todos religue.

Cómo, ahí: la cara de la muchacha: el pecho que sube y baja mínimamente. El está viendo.

Suspira (él). Con lentitud. Vivos (reincide esa voz en su mente). Siguiendo al estudiante, dirige sus pasos hacia los despojos de la biblioteca anochecida.

Vivos —murmura.

pero se echa a correr en sentido contrario, dejando atrás perplejo al estudiante: e imagina —no imagina nada— toda la luz apagada del anochecer encenderse como blanca rabia cayendo sobre el horizonte (devastado) y así una pregunta —¿qué es estar vivos, qué estar vi, qué es estar, y qué...?—, un sonsonete que taladra sus párpados, ahí donde ocurre la más cruel triste demoli

(De *Habla de lo que sabes*, Jus, 2009)

ÍNDICE

Ese mundo de extraños	7
Perdonados por quién	17

C U E N T O S

